mosa vale sin duda la pena de ensayarse. No para aquí: una mujer que vive rodeada de su familia, que se instruye para instruirla, que engrandece su alma para ejercer toda su influencia, es por este solo hecho mas inaccesible á la seduccion! Las previsiones de la naturaleza estan llenas de gracias; la naturaleza ha colocado en el corazon de la madre el orígen de las virtudes del hijo, y por una grata compensacion quiere que la inocencia del niño sea la salvaguardia de la prudencia de la madre.

CAPÍTULO VIII.

DE LA EDUCACION ACTUAL Y DE SU INSUFICIENCIA.

Una jóven al entrar en el mundo no distingue en él sino lo que puede servir á su vanidad, y la idea confusa que tiene de su felicidad, y el ruido de todo lo que la rodea impide á su alma oir la voz de lo que resta de la naturaleza.

(V. *Tratado de metafísica.*)

¡Cuántos padres con haber pagado á los maestros creen haber educado á sus hijos!

(Madama BERNIER, *Discurso sobre la educacion de las mujeres.*)

El objeto de la educacion es desarrollar á cada individuo en toda la perfeccion de que es susceptible. KANT.

CON las doctrinas de Fenelon los hombres han adelantado algo, y ha ganado en ello la educacion de las mujeres. Ya no se disputa si es útil instruirlas, ni tampoco sobre los grados de su instruccion; se con-

siente el desarrollo de su inteligencia; se hace mas, se les dan los talentos de un artista ó de un maestro de lenguas; florecen, si es dado expresarse así, en los estudios enciclopédicos; pero en estos estudios nada les incita á pensar por sí propias; reduciéndose á imprimir en su cerebro los cuadernos de la escuela: así cuando llegan las pasiones, las pasiones á las cuales no basta oponer ni los hábitos de la virtud, ni las fuerzas del alma, ni los principios de la religion, hallan manos hábiles en el piano, una memoria que recita y un alma que duerme. Tal es, con algunas pocas excepciones la mujer del siglo, con sus devociones pueriles, la moral del colegio, sus talentos mecánicos, su amor al placer; la ignorancia de todas las cosas de la vida; y la necesidad de amar y de ser amada.

No es que esta educacion no tenga tambien su lado brillante, pues introduce en la sociedad el gusto y los modales artísticos, mas gracias y mas originalidad.

La duquesa y la hacendada, si es que hay todavía duquesas, si es que hay todavía hacendadas, rivalizan en las tertulias con los primeros talentos: unas escriben poemas que se venden á beneficio de los Griegos y de los Polacos; otras pintan cuadros, cuyo precio consagran á obras de devocion, todas escriben con correccion y gracia, las plumas de las Sevigné, y de las Lafayette se han hecho casi vulgares. De este modo la educacion va nivelando poco á poco la sociedad, siendo su uniformidad la democracia mas poderosa, no creyendo sentar una paradoja, si digo que los talentos de las mujeres han hecho mas en favor de la igualdad de los rangos, que todos los decretos de nuestras asambleas nacionales.

Frecuentad las tertulias mas de moda, veréis en ellas las reuniones de hombres de todas edades en

pié, y que parecen vestidos de la misma tela; el uno es un banquero, el otro un marques, aquel un aficionado á música, este un magistrado; pero á pesar de la monotonía de su vestido negro, se nota en su lenguaje, en sus ademanes un sello que los distingue y los clasifica. No sucede así en las mujeres, pues al ver sus graciosas actitudes, la elegancia de sus modales, no parece sino que todas son de un nacimiento, del propio rango, porque en todas se nota la misma instruccion, los mismos atractivos, el mismo gusto hácia las artes. No hay medio para distinguir las hijas de un facultativo de las de un cortesano, de un capitalista ó de un general. Mirad al rededor del piano ese grupo encantador, las oiréis cantar un trozo de una de las operas de Rossini, con tanto compas y tono como los mismos actores italianos; es la mujer de un farmacéutico, de un par de Francia, una marquesa, una artista, la hija de un agente de negocios. Solo las separa la diferencia del talento.

Dad ahora una ojeada á aquella dama cuyos adornos tan sencillos y sin embargo tan graciosos han fijado un instante la atencion, es una de nuestras mas hermosas duquesas, notad con que amable sonrisa está en conversacion con la jóven que acaba de sentarse á su lado. Dos mujeres verdaderamente admirables: la duquesa enseña á sus hijos á hablar la lengua latina, y escribe romances; la otra compone versos, es poetiza, hermosa, es la corina del siglo, su gloria es su nobleza. Así, en esa brillante asamblea, en la cual todo se confunde, nacimiento, fortuna, títulos, condicion, no falta cosa alguna; la belleza atrae las miradas, el talento señala á cada uno su lugar, y la educacion pone en todo su nivel.

Si la vida de las mujeres hubiese de concentrarse en los talleres y en las fiestas; si se tratase únicamente de deslumbrar y agradar, el gran problema quedaria resuelto en favor de la educacion de las tertulias; pero las horas del placer son muy fugaces, viniendo en pos de ellas las lentas horas de la reflexion. La vida interior, la vida moral, las obligaciones de madre y los deberes de esposa, todo esto llega, y todo esto se ha dejado olvidado. Entónces nos hallamos en el vacío, en el seno mismo de nuestra familia, con pasiones caballerescas, una exaltacion desenfrenada y el fastidio, que es el grande destructor de la virtud de las mujeres. Los gemidos que las funestas consecuencias de semejante estado de cosas produce, aturden nuestros oidos; siendo el grito general de todas las madres la queja de todos los maridos; y en situacion tan apurada en que todos se agitan y se desesperan, lo peor es que todo viene á parar en la indiferencia.

Para formarnos una idea cabal de la falta de prevision de nuestras educaciones no hay mas que examinar su objeto. ¿Es la religion? Pero la religion mal entendida condena casi todo lo que se enseña.—¿Es la felicidad doméstica? Pero esos talentos adquiridos con tantas penas, esos talentos que retardan el desarrollo de nuestro entendimiento, desaparecen entre los quehaceres domésticos. — ¿Es la prosperidad, la gloria del pais? ¡Irrision! ¿Cuál es la madre que en el tiempo presente se acuerda de semejante cosa? Así á medida que buscamos el objeto, desaparece todo. Nada para la prosperidad general, nada para la felicidad particular. Queda el mundo, y á él efectivamente encomendamos todas nuestras previsiones Mas procuramos complacerle que resistirle; queremos lucir, queremos reinar, la vanidad, ahí está el objeto que las madres mas tiernas no cesan de inculcar á sus hijas, y contra el cual el mundo que las empuja las mira con indiferencia estrellarse.

Vanidad en el traje.

Vanidad en los talentos agradables.

Vanidad en la instruccion.

Hija mia, dice la madre, haz por ser hermosa, anda aseada, no olvides que te miran; sé amable, sé sumisa, porque te escuchan: lo que equivale á decir, pon en todas partes la apariencia en lugar de la realidad. El alma como el cuerpo tienen sus sencillos adornos, á los cuales se nos acostumbra desde la cuna; no curamos el mal, sino que lo ocultamos; no cambiamos de carácter, lo disfrazamos. De este modo la vanidad lo cubre todo, reduciéndose la educacion en parecer y no ser. Que una jóven en sus ratos de ocio se dedique á la música, á la pintura, al baile, muy en hora buena! pero, ¿porqué de una distraccion agradable formar una tarea molesta y penosa? ¿Porqué fastidiarla con un trabajo que debiera únicamente tomarse como un placer? ¡bella cuestion! Quereis que una niña tenga talentos que la ocupen, y nosotros queremos que le valgan aplausos: una mano y un pié de artista. ¡Tambien la vanidad!

Ahí estan algunos libros que el buen gusto ha escogido: son las obras de Racine, de La Fontaine, Fenelon, Bossuet, Pascal, Lamartine, Bernardin de Saint-Pierre. Está bien, dad mayor ensanche á esa alma tierna, adornadla con ideas elevadas, fortalecedla con máximas prudentes, haced que brille el sentimiento de lo bello, luz celestial que el mismo Dios depositó en ella. Pero ¡qué! vuestras lecciones, decís, no han de formar una mujer sabia! ¡Ah! ya lo entiendo, no se trata sino de llenar su memoria; ha retenido algunos versos; recita algun capítulo de geografía, de cronología, de historia, sabe algunas fechas, algunos sucesos; es cosa de conveniencia, el barniz que hace relucir un mueble ordinario, el dorado que da la apariencia de oro al mas vil de los metales. Cierto que la capa es algo delgada, pero no importa; basta que oculte el cobre. Siempre la vanidad!

Es cierto que procuran templarse sus excesos mediante el ejercicio de algunas prácticas religiosas; pero esta enseñanza que tiene siempre algo de monástica, es un embarazo mas en nuestra educacion. Damos á las jóvenes adornos mundanos, un maestro de canto, un maestro de danza y no permitimos que vaya á los bailes, ni á las tertulias concurridas: por un lado el desprecio del mundo, por el otro lecciones para agradarle; adornamos su memoria con todas las obras maestras de la escena, y le cerramos los teatros, diciéndole que todos los cómicos son condenados; le ponderamos la suerte de las vírgenes, y le mandamos que tome un esposo. Siempre un paso adelante y otro atras, una tentacion incitada y un discurso de moral, una preparacion para pecar y un escrúpulo de conciencia: mezcla miserable del siglo décimoquinto y del siglo décimonono que tiende á hacer de la misma persona una penitente y una coqueta, las delicias de una reunion y el ángel de un convento! Observad tan solo cuanto dista el catecismo de la ópera, y reflexionad que en el término de veinte y cuatro horas una jóven que se casa, pasa del uno al otro sin advertirlo, y, lo que es mas triste, sin medios de preservarse. Estos contrastes tan violentamente reunidos, chocan entre si desde luego, y la guerra de las pasiones y de las preocupaciones empieza en medio de las seducciones del mundo, cuando falta toda fuerza y toda razon. Ningun amparo, ningun refugio ni aun en su conciencia; la cuestion es muy sencilla, ó la nueva esposa ha de considerar á su marido condenado, ó consentir en condenarse con él. ¡Tales son nuestras previsiones, tal nuestra

sabiduría! De este modo nos pone la educacion en la necesidad ó de ofender la ley, ó de ofender la naturaleza! El punto de salida es constantemente una caida en los bordes de un abismo.

Así nuestras creencias y nuestras ciencias no se encuentran sino para ultrajarse; la guerra está dentro de nosotros, nos destroza, y nuestras educaciones no tienen mas resultado que la propagacion de sus furores. La educacion hacina en nuestro entendimiento todos esos elementos de discordia, y todos esos principios opuestos, que debieran refundirse en una razon universal, sin separar sus formas defectuosas y contrastantes, sin modificar las unas ni las otras, ni procurar jamas la posibilidad de su union, que es la sola que debiera constituir una educacion racional. Parece que la vida religiosa y la vida mundana sean dos campeones de un combate á muerte: cualquiera que sea el vencedor, el hombre que le abraza, queda un ser mutilado, incompleto, el resto deplorable de las pasiones ó de la supersticion.

El hombre completo es el que vive á la vez una vida social y una vida religiosa: el que con mano fuerte termina el combate de los dos adversarios, y señalando á cada cual su límite, camina con paso firme en las vias de Dios y segun las luces de la razon.

Pero, para que estas luces, en el dia tan raras, se derramen en todo el mundo, es menester que brillen en nuestras educaciones, pues únicamente pueden llegar á la multitud, mezcladas con las primeras sensaciones de la vida, y bajo la influencia irresistible de la madre de familia; es la lámpara sagrada que la mujer laboriosa de Virgilio enciende de noche para trabajar al pié de la cuna de su hijo.

Hay en el *Paraiso perdido* un leon cuya creacion no está aun concluida, se le ve salir á medias de la tierra que le produce; sus ojos brillan, sus crines se

agitan, pero su cuerpo no es mas que una masa inerte é inmóbil, pegada aun á la tierra; esperando impaciente la última chispa para lanzarse. ¡Imágen sublime del linaje humano! solo tiene viva la cabeza; lo demas está sin movimiento, haced que penetre allí la luz! sacad el leon de la nada, dadle posesion de su imperio!

CAPÍTULO IX.

ESCALA SOCIAL.

Las mujeres han reinado en todos los paises que han vivido segun las reglas de la moral.

(BERNARDIN DE SAINT-PIERRE, *Discurso sobre la educacion de las mujeres*, p. 353.)

EN tiempos de barbarie las mujeres son esclavas ó criadas.

A los primeros albores de la civilizacion son nuestras amas de gobierno, despues nuestras compañeras.

Mas tarde salen de su casa y se asocian al mundo por sus talentos y gracias, y á su marido por el desarrollo de su inteligencia.

En fin, cuando la sociedad, llegada á una civilizacion mas perfecta, sin perder sus formas amables, reconoce los derechos del hombre, la mujer toma asiento en el estado: y es á un tiempo ama de gobierno, compañera y ciudadana, siendo entónces una mujer completa.

Así el lugar que las mujeres ocupan en la sociedad nos ofrece la historia de la civilizacion del mundo:

De los tiempos salvajes,
De los tiempos de Homero,
De las repúblicas griega y romana,
De la edad media,
Del siglo de Luis XIV,
Y del nuestro; época de regeneracion, en el cual se elevarán las mujeres á la primera de las magistraturas por el simple cumplimiento de sus deberes como esposas y como madres de familia.

CAPÍTULO X.

DE LA EDUCACION DE LA MUJER POR EL MARIDO.

> Hay en las afecciones profundas del corazon cierta pureza, cierto desprendimiento que anuncia la excelencia y la dignidad del alma humana.
>
> (ANSILLON, *de la Inmoralidad.*)

No tengo duda de que nuestro penúltimo capítulo será objeto de muchas reclamaciones. Mas de una madre de familia, mas de una directora de colegio, irritadas de mi poco respeto, me acusarán de errores y aun tal vez de mala fe. Apelarán á tal ó cual instituto en que las niñas estudian su retórica y su lógica, como en el colegio, y podrian en un apuro graduarse en la universidad. Se me confundirá con su ciencia, se me aturdirá con sus talentos, presentándoseme sus coronas; ¿y qué me probará todo esto? Una cosa por cierto muy insignificante: y es que nada supera la vanidad de los discípulos, sino es la vanidad de los maestros y de los padres.

Es un hecho que la instruccion de las mujeres ha mejorado; pero ¿qué ha producido hasta ahora esta instruccion? investiguémoslo.

Mi primera observacion gira sobre los métodos de enseñanza. Se ha creido perfeccionar la educacion de las mujeres, dándoles las formas escolásticas de la educacion de los hombres: ahí está el error. Estas formas no son cómodas sino para el maestro, porque con ellas no necesita instruccion, y en un apuro ni inteligencia tampoco. Con algunas palabras da movimiento á la ciencia de su discípulo, así como tocando su resorte, se da movimiento á una máquina. La máquina repite nombres, fechas, hechos y hasta juicios, ántes aprendidos que comprendidos, pero que parecen ser del discípulo y le dan cierto aire de prodigio.

Sin embargo el alma dormita, todas sus facultades ó no las conocemos ó las olvidamos; la imaginacion, la moral, la poesía, el sentimiento de lo bello que son nuestras guias celestiales, se entorpecen y mueven bajo el desarrollo mecánico de la memoria.

Mi segunda observacion versa entera sobre las cosas enseñadas. Cásase una niña: ¿y qué se le ha enseñado, y qué debia enseñársele para asegurar su felicidad y la nuestra? Esta pregunta es sumamente sencilla y sin embargo nueva, ó á lo ménos parece que nadie se haya atrevido á hacérsela, pues que nadie ha tratado de responder á ella: es una luz que falta á todos nuestros tratados de educacion, y que quisiera hacer brillar en cada una de las páginas de nuestra obra. Educamos á nuestras hijas en la vanidad y en la inocencia, luego las entregamos á un marido que destruye su inocencia y cultiva su vanidad; así la vanidad queda sola, empezando entónces su papel activo y desastroso: la vanidad dice á la mujer que su belleza es digna de homenajes, que la felicidad consiste en el lujo, que las riquezas lo dan todo,

consideracion y conveniencias, y que es menester enriquecerse á cualquier costa.

La mujer quiere y el hombre pone en práctica lo que dice la vanidad: tal es la marcha del mundo; para conseguirlo, se sacrifica el reposo, la salud y hasta la conciencia; en ello se pasan los mejores años de la vida; y despues, aun los que han sacado de ello mejor partido, se fastidian, quejándose amargamente de no haber hallado sino la nada.

Sin embargo, es preciso decirlo, la influencia de la mujer lisonjea casi siempre las inclinaciones del marido. La vanidad excita la ambicion y ambas caminan juntas al mismo fin.

No sucedia así en la antigüedad: las niñas ignoraban hasta su poder. Se las educaba en la inocencia y sobre todo en la humildad. Al recibir un marido, creian recibir un amo, así como hoy creen recibir un amante, y esta situacion de su alma las disponia maravillosamente á la obediencia. Entónces empezaba el marido la educacion de la mujer: la instruia en el arreglo de las cosas de la casa, y mas sabia que amorosamente, daba movimiento á su espíritu y direccion á su carácter.

Un gran filósofo, Xenofonte, nos ha conservado estos pormenores en un tratado especial de economía doméstica. Nos presenta á dos esposos apénas reunidos bajo el mismo techo, deliberando sobre sus deberes, sobre sus trabajos, á fin de dividir entre sí las cargas y los placeres; pero sacrificando ante todo á los dioses, invocando su auxilio, y pidiendo sus luces, el uno para aconsejar bien, y el otro para obedecer dignamente. De modo que en este enlace la mediacion de la divinidad consagraba los consejos del marido y las virtudes de la mujer.

En la misma obra de Xenofonte puede verse con qué gallardía trata su gracioso asunto! Con qué atractivos presenta una jóven que se turba y sofoca, que no acierta sino á obedecer, sin mas gracias que la inocencia, ni otro mérito que su candor! Que á las primeras cuestiones de su marido expresa la admiracion que le causa verse llamada á participar de la soberanía conyugal! «Pobre de mí, dice, ¿qué soy yo delante de tí que todo lo sabes? ¿Qué poder tengo? ¡Y cómo acertar á ayudarte cuando solo sé que he de vivir casta, segun me lo recomendó mi madre!» Entónces empiezan las lecciones del marido, que compara la mujer á la reina abeja, velando en la prosperidad de su colmena. Júzguese del interes de esta escena trazada veinte y dos siglos ha, siendo Sócrates el que pregunta, Ischomaque recien casado el que habla; y el salvador de los diez mil el que escribe. Y en verdad hay algo grave y solemne en las palabras del marido y de la mujer recogidas con tanto cuidado por tan grandes filósofos para la instruccion de la lijera Aténas.

Pero estas lecciones de la sabiduría antigua serian inaplicables en nuestro siglo. Nuestra vida es mas intelectual y la sociedad mas dilatada, motivo por el cual ha de ser tambien mas extensa la educacion. Reinar las mujeres en lo interior de la casa y dirigir en ella el órden y economía no es mas que una parte de su mision. Al lado de los deberes de la prudente casera aparecen las exigencias y los primores de la sociedad. Otros tiempos, otros consejos: y es lo que no quieren entender los que sin cesar echan á ménos las costumbres góticas ó las costumbres patriarcales. No han echado aun de ver que el siglo de Luis XIV sustituyó al aislamiento de las familias la vida social, en otros términos las reuniones de las familias. Así las relaciones se han aumentado, la etiqueta ha disminuido; nuevos deberes han modificado deberes antiguos, y de todo ello ha salido una civilizacion

mas perfecta en que las mujeres son llamadas á representar el papel de legisladoras por medio de las virtudes de sus hijos y tambien por medio de la gracia y de la amabilidad.

Tal es el bien : veamos ahora el mal. Esta escena doméstica, tal cual nos la presenta Xenofonte, supone de una parte virtud en el hombre, y de otra ignorancia y humildad en la mujer : pero nuestras educaciones no dan ni virtud ni humildad.

Muy léjos de podernos apoyar en Xenofonte, hemos llegado al caso de que el momento mas peligroso para una mujer es el en que las pasiones de su marido se introducen blandamente en su ánimo y renuevan su carácter. Si estas pasiones carecen de nobleza ó de probidad, y si la mujer no tiene otras armas que su inocencia, está perdida. Nada de lo que se le ha enseñado puede defenderla : sucumbirá sin resistirse y caerá en el envilecimiento, sin recelar siquiera su degradacion. ¿Cuáles son pues las fuerzas de la inocencia? ¡Decidlo vosotros que las oponeis con tanta audacia y tantos siglos ha á las seducciones de los sentidos, de la vanidad y del interes!

La educacion que la mayor parte de los maridos dan hoy á sus mujeres es un espectáculo que quisiera poner á los ojos de todas las madres. La niña jóven, sin experiencia y casi sin ideas, que entregais á un hombre que apénas conoce, si es bonita pasa en pocas horas de la sumision á la soberanía, de la calma del alma al delirio de los sentidos. ¡Sus caricias embriagan á su marido, que es á un tiempo enamorado, celoso y furioso! Este procura destruir á la vez la inocencia y todas las afecciones de su mujer, aislarla del mundo, aislarla hasta de su madre. En ello trabaja con el mayor conato, sin recelar el mal que se hace á sí mismo. Sus locuras y su frenesí son un continuo testimonio de la efervescencia que le ciega,

perturbando su razon. ¡Le veréis dispuesto á arruinarse por ella, á sacrificarle su vida y su honor! Ya no es una compañera, es un ídolo, es un amante, una deidad á quien vestimos de cachemira que insultamos, que adoramos y que pagamos sirviéndonos de ella, hasta fastidiarnos. Esta jóven, incapaz de conocer lo humillante de estas pasiones brutales, se recrea en su triunfo y se acostumbra á unas emociones fuertes, pero que no tardan en escapársele.

¡Aun si los homenajes rendidos á su belleza no marchitasen sino su inocencia! pero no se contenta el insensato con marchitarla, procura tambien corromperla. Oidle como le explica sus conquistas verdaderas ó falsas, y las aventuras que ha tenido con las bellezas mas célebres. Imprime en su alma tan pura mil imágenes vergonzosas : le presenta á cada momento el vicio amable y feliz; ya los bailes, los teatros, los paseos no son para ella sino un círculo de escándalo. Al principio la llenan de rubor tan extrañas confidencias; pero dispiertan su curiosidad; se cuentan con gracia, dándoles cierto aire de originalidad : por de pronto sirven de entretenimiento, mas tarde servirán de excusa. ¡Marido estúpido! doctrina á su mujer cual si al recibirla de las manos de una madre hubiese notado que faltaba á su educacion la lectura de las fábulas de La Fontaine!

En medio de esta vida de disipacion y de capricho, el espíritu se sutiliza y el alma se evapora. ¡Ah! ya no nos queda de aquella inocente sino una mujer variable, corriendo de visita en visita, objeto de adoracion y de lástima. La música y el baile ocupan ya una gran parte en sus pensamientos, tras de ellos vienen los teatros y el traje, luego las chismerías del mundo, despues los vanos deseos y los vanos placeres, y al fin de todo ello el vacío, el vacío mas horroroso, mas completo. ¡Qué modo de vivir! No parece sino

que la inteligencia le haya sido únicamente dada para levantarse, vestirse y charlar! Valia bien la pena unir con tanto cuidado los talentos de un artista y la inocencia de una niña, para echar al mundo una víctima mas; víctima encantadora, víctima adornada y nada mas!

Pero llegamos al desenlace: quedan ya representados los primeros actos del drama, y todas las escenas que le componen, van á perderse en la misma catástrofe. A los suspiros del amor seguirán bien pronto los gritos de la desesperacion. La pasion del marido se ha gastado ya, y las ilusiones de la mujer se disiparon. Esta mujer que ha convertido en un amante, esta mujer de la cual no viera sino la belleza, esta mujer que ha marchitado, depravado, idolatrado, cuyos caprichos adoraba, cuyas pasiones halagaba sin cesar; esta mujer que embriagaba con sus adulaciones y con su voluptuosidad le ha llenado ya, ya no la quiere, se ha fastidiado. Ayer la cubria de diamantes, hoy se queja de sus gastos; le habla de economías; ya no es para él mas que una casera, una camarera, una mujer para cecibir las órdenes de su amo y tomar la cuenta á sus criados. ¡Ah! bajar del trono, ser tratada con desprecio, despues de haberlo sido con un amor llevado á la idolatría!

Triste dia que mas tarde ó mas temprano amanece en casi todas las familias sin ser jamas previsto! Con él llegan el odio, la ira, la venganza, el desprecio, el adulterio. El adulterio, que trae consigo el escándalo y el deshonor: ó la mujer se separa de su marido, ó le engaña. El corazon necesita amor, y la juventud, queriendo recobrar sus emociones perdidas, busca la mitad de sí misma, que ha soñado, y la depravacion empezada por el marido acaba en los brazos de un amante!

A vista de semejante cuadro, es menester decirlo,

en lugar de doctrinar á la mujer por medio del marido, debemos regenerar al marido por medio de la mujer. ¿Qué haremos pues? volver las mujeres al sentimiento completo de su dignidad, y enseñarlas á distinguir el verdadero amor de los furores que usurpan su nombre. El primer punto es que ellas quieran ser amadas y respetadas, que no consientan por ningun concepto en representar el triste y vergonzoso papel que exigen de ellas nuestras pasiones brutales, y que conozcan en toda su extension la vileza de unos homenajes que las transforman en instrumentos de capricho y de voluptuosidad. Me atreveré á decir que es imposible que la civilizacion progrese, miéntras las mujeres no nos hagan avergonzar de las asimilaciones groseras que la sociedad resume de este modo: el café, la mesa, las mujeres, los caballos; triste catálogo de los placeres animales en que el hombre marchita hasta el seno que le llevó!

Pero, ¿cómo nos harán avergonzar de ello las mujeres si ellas mismas no se avergüenzan? Que la mas exquisita delicadeza sea la luz del pudor de una niña, así como es la señal de la dignidad de una mujer. No pido las gasmoñerías de una mojigata, pido virtudes. Haciendo mas difícil la seduccion, haré el amor mas ideal y mas puro, le dejaré las ilusiones que encantan nuestra adolescencia, y le introducen por primera vez en el mundo de lo bello y de lo infinito.

Así es como debe educarse á las niñas. ¿Y á los maridos? Dejémoslos, que ellos se educarán sencilla y naturalmente por medio de las virtudes de la mujer.